

Reseñas

«LA TIERRA DEL REMORDIMIENTO» DE Ernesto de Martino¹

Por fin tenemos una traducción en castellano de este magnífico clásico publicado en 1961, dedicado al estudio del tarantismo, fenómeno religioso menor de la región de Apulia en el sur de Italia. El tarantismo gozó de una importancia sociocultural notable desde la Edad Media hasta el siglo XVIII, y de aquel complejo simbólico-ritual quedan todavía huellas, aunque transformadas y en plena decadencia, cuando Ernesto De Martino emprende una investigación etnográfica con un equipo pluridisciplinar en la zona de Salentino en 1959. Si hablo de un «clásico», lo hago sopesando la palabra: a pesar de las cuatro décadas que nos separan de la publicación del libro en italiano, no se trata de ningún modo de una obra ya superada, que las teorías y las investigaciones más recientes pueden relegarla a la estantería. Al contrario, como intentaré mostrar, la investigación es muy actual en su contenido (estudio a caballo entre las formas populares de religiosidad y los complejos culturales de salud / enfermedad / tratamiento en un país europeo) como en su metodología, y representará seguro una fuente de reflexión y de inspiración muy valiosa para todos aquellos que no han podido leer esta obra en otro idioma.

El tarantismo, conjunto compuesto de una «crisis» (la picadura de la tarántula) que padece el «envenenado», de sus sucesivos «remordimientos», y del ritual de curación músico-coreico-cromático, que se termina cada verano por

¹ Edicions Bellaterra. Traducido por Juan Vivanco. 1999. Título original : «La terra del rimorso».

sesiones rituales en la capilla de San Pablo en Galatina, los 28 y 29 de junio, había sido interpretado esencialmente según un enfoque médico: bien como aracnismo, es decir el síndrome tóxico debido a la picadura de una araña, bien como trastorno psíquico. Ernesto de Martino emprende un trabajo riguroso y sistemático para mostrar lo inadecuado de este enfoque, que reduce el tarantismo al aracnismo o a una neurosis, y resaltar la «autonomía simbólica» del fenómeno, aplicando un doble acercamiento, sociocultural e histórico-religioso, lo que le permite caracterizar el tarantismo como fenómeno religioso menor cuyo estudio quiere ser una contribución a la historia cultural y religiosa del sur de Italia. Pero De Martino tampoco acepta caer en un «folclorismo» típico de Pitré (con su monumental «Biblioteca delle tradizioni popolari») y sus seguidores, quienes al considerar que «hay dos historias, la de los dominadores y la de los dominados» y al estudiar la historia del mundo popular como relativamente autónomo, acababan reduciendo el tarantismo a «reliquias del pasado» que había que «salvar» y, a fin de cuentas, a «simples y patentes testimonios del retraso moral e intelectual de la gente del sur». No, el autor quiere, al contrario, captar la dimensión sociológica del material folclórico-religioso que recoge, «su capacidad real para modelar las costumbres en distintas áreas, épocas y clases sociales», y ver en el tarantismo ya no un conjunto de conductas extrañas y excéntricas, sino más bien una dimensión concreta de la historia religiosa del sur, cuyas contradicciones llega a ilustrar, tras el análisis cuidadoso de sus antecedentes clásicos, de sus formas históricas y de sus actuales prácticas restantes, un episodio del conflicto entre cristianismo y paganismo enmarcado en el contexto de la vida social y cultural del Mezzogiorno.

El libro empieza, pues, con una investigación etnográfica clásica del tarantismo, basada en la observación de las curaciones rituales que se celebran en los domicilios de los «atarantados», en torno a la música, la danza y los colores, y luego en la fiesta anual de San Pablo (los 28 y 29 de junio) a la que acuden los atarantados para un «exorcismo» de su mal (el «veneno») con la ayuda del santo. Mediante las entrevistas de varios atarantados y sus familiares, y el conjunto de informaciones sociales, culturales, musicales, económicas y psicológicas que el equipo de investigación recoge, se dispone de un amplio material que permite ya una rica interpretación del complejo simbólico-cultural del tarantismo, que a pesar de su plasticidad y adaptabilidad muestra una estructura mítico-cultural específica de cierta tradición, lo que permite resaltar su función psicosocial: la «evocación, configuración, liberación, resolución de conflictos psíquicos sin resolver que remuerden en la oscuridad del inconsciente» a través de la figura de la tarántula mítica, en el marco de un orden simbólico cultural (el exorcismo de la música, del baile y de los colores) en el que se pudiera resolver unas crisis típicas culturalmente modeladas. Varios argumentos apoyan la interpretación del tarantismo no como enfermedad sino

como horizonte mítico-cultural definido, a pesar de sus aparentes similitudes con el latrosectismo (picadura de la araña *Latrodectus*) y del carácter «neurótico» del comportamiento de los atarantados : la concentración del fenómeno en una zona determinada y la inmunidad del pueblo de Galatina al tarantismo gracias a la protección de San Pablo, la repetición estacional y en fechas determinadas (la «primera picadura» suele ocurrir en época de la cosecha, y los «remordimientos» se repiten cada año en la misma fecha), el predominio aplastante de las mujeres entre las víctimas, y la edad preferente de la primera picadura (adolescentes o jóvenes adultos). Finalmente, el «remordimiento» es un símbolo polisémico, que representa la renovación de la crisis del tarantismo cuando la tarántula «remuerde» a su víctima, y de manera más amplia la vuelta del pasado malo, pasado que no fue elegido, que «vuelve y regurgita y oprime con su regurgitación», pero un pasado que es imposible recordar, algún conflicto sin resolver perdido para la memoria y que se tiene que sufrir como síntoma cerrado, incomprensible, y que entra en la conciencia mediante la figura de la tarántula. El antiguo reino de Nápoles es la tierra donde se desarrolló esa «religión del remordimiento» bajo la forma del tarantismo, y que merece su nombre de «Tierra del Remordimiento».

Pero esta primera parte representa apenas el comienzo de una investigación más amplia, que dará lugar a una serie de interpretaciones mucho más ricas y profundas, y que permitirán sacar el tarantismo de su aparente aislamiento como fenómeno local folclórico y un tanto extraño. En la segunda parte del libro, De Martino emprende un «viaje en el tiempo» para explorar, a través de la documentación histórica sobre el tarantismo (desde la Edad Media hasta nuestros días), las formas en las que se ha manifestado, el lugar que ocupaba en la vida socio-cultural, y cómo ha evolucionado hasta su actual disgregación bajo el efecto de la influencia católica. Aquel viaje permite al autor ahondar en el conocimiento del contenido del rito, su escenario y objetos (tina de agua y ramas de árboles, espadas y espejos, columpio o cuerda que cuelga,...), su simbolismo coreico-musical (los distintos ritmos, cantos e instrumentos, el baile que imita la araña arrastrándose por el suelo, la danza que figura la expulsión de la araña y su muerte bajo los golpes de pie que la pisan,...), el simbolismo cromático y en particular el significado del verde (naturaleza renovada, amor y juventud) y del rojo (color del agonismo), su estructura estacional, y finalmente la figura de la tarántula que viene a ser como un espíritu que posee, transmitiendo al atarantado su «personalidad» según se trate de una tarántula «libertina», «tempestuosa», o «triste y muda», etc., y que el exorcismo trata de controlar.

La tercera parte está dedicada a la búsqueda de paralelos etnográficos (en los rituales de posesión y los cultos extáticos) y de antecedentes antiguos, en particular en las formas religiosas orgiásticas de la Grecia clásica. A pesar de

la limitada documentación, se pueden establecer claras analogías con prácticas semejantes en Cerdeña y en la península ibérica, donde han existido formas de danza y música aplicadas como exorcismo de la picadura ponzoñosa de algún animal mítico, como la *argia* sarda, que se divide en tres categorías, la núbil, la casada y la viuda, con un tratamiento musical específico según el tipo que ha picado al envenenado. Pero son sobre todo los cultos extáticos y los trances de posesión del norte de África (cultos zar y bori) y afroamericanos (macumba, candomblé, vudú) que le permiten establecer comparaciones instructivas, no sólo en cuanto a la estructura mítico-ritual (terapia coreico-musical de las crisis, semejanzas entre los «loa» del vudú y las distintas tarántulas, simbolismos del agua y del mar...), sino también analizando las funciones que cumplen estos ritos en sus respectivos medios sociales (liberación de los traumas, conflictos, frustraciones y represiones a los que están condenadas las clases populares y las mujeres en particular, en sociedades con un pasado no muy lejano de esclavitud y donde la situación actual tampoco es nada maravillosa). Existen, sin embargo, múltiples diferencias entre cada uno de esos casos y el tarantismo, pero que no impiden la comparación sino, al contrario, indican quizá que cada uno ha evolucionado de manera independiente, en un contexto particular, a partir de una patria cultural común.

Justamente, para el autor, muchos aspectos del tarantismo recuerdan dimensiones de la vida religiosa griega, lo que no es de extrañar sabiendo que Apulia formaba parte de la Magna Grecia. Partiendo de un símbolo central del tarantismo, la picadura, procede a una comparación con el *oistros*, el aguijón del tábano que «empuja irresistiblemente a una carrera sin meta», que aparece en el mito de Lyssa y de las Erinias y en la historia de Ío en el *Prometeo* de Esquilo. Para De Martino, lo que hay detrás de la historia de Ío es una trama de crisis existencial, que afecta particularmente a las mujeres (falta de hijos, eros reprimido, amor imposible), produciendo un irresistible deseo de huida y un impulso suicida con su resolución, gracias a las fuerzas divinas en un paraíso arbolado con aguas curativas. Y nos convence de que se trata de la misma estructura simbólica y psicocultural que se encuentra en los numerosos y extendidos cultos orgiásticos dionisiacos, predominantemente femeninos, como lo atestigua la variedad de nombres de sus participantes: ménades, baces, tíadas, basárides, dysmainai, etc. Eso se explica porque «una fuerte presión social ejercida sobre el mundo femenino en una sociedad de tipo androcrático ocasiona la vuelta de la represión en forma de oscuros síntomas neuróticos incompatibles con cualquier orden cultural, que requieren un adecuado tratamiento preventivo y resolutivo», y precisamente «Esparta, proverbial por la austeridad de sus mujeres, no lo era menos por las prácticas orgiásticas de sus *dysmainai*». Otro símbolo, apenas visible en la observación etnográfica del tarantismo (bajo la forma de una cuerda que cuelga del te-

cho), pero muy presente en la documentación histórica, es el columpio, que permite establecer otro paralelo con el mundo clásico a través del símbolo del *aiôresis*. Explorando las interpretaciones posibles del *aiôresis*, es decir del columpio como rito, De Martino muestra cómo el conjunto de ritos orgiásticos femeninos de la Grecia antigua, del mismo modo que el tarantismo, remiten a unas crisis existenciales de las que «eran a la vez la recuperación y el cambio de signo». En el *aiôresis* de las vírgenes se encuentra la representación del impulso suicida (muñecas colgadas de los árboles), la imitación del ser mecido, y también la prefiguración del coito. Y la catarsis musical era un tema también muy conocido de Platón, practicado en particular en el rito del coribantismo. Todas estas comparaciones no deben entenderse como un intento de reducir el tarantismo a sus antecedentes, sino, al contrario, de enriquecer y ampliar nuestro entendimiento de dicho fenómeno gracias a la luz que sobre algunos de sus aspectos arroja el análisis sociocultural de esas formas religiosas antiguas. Además, y ésa es una de las conclusiones a la que llega el autor en tanto que historiador de las religiones, es posible interpretar el tarantismo como plasmación o cristalización de un conflicto no resuelto entre el cristianismo y el paganismo, es decir, como forma en la que se ha desarrollado, a partir de la Edad Media, un culto con sus funciones sociales y psicológicas que el cristianismo en expansión no podía cumplir, pero que sí eran culturalmente tratadas en la religión dionisiaca más antigua.

Volviendo a la primera parte, más etnográfica, del estudio del tarantismo, cabe insistir en el carácter ejemplar de la investigación, primero en términos epistemológicos, y segundo en el aspecto más concreto de la metodología etnográfica adoptada, estando esos dos aspectos -por supuesto- ligados entre sí. Como señala el autor desde el principio, quiere defender un enfoque sociocultural e histórico como el único que permite entender el tarantismo en todas sus dimensiones. Pero por ello debe descartar la interpretación médica, que tiende a ver en el tarantismo o un síndrome tóxico o una manifestación psíquica patológica. Y es justamente para alcanzar ese objetivo por lo que decide constituir un equipo multidisciplinar asociando especialistas «humanistas» con profesionales «naturalistas»: el médico y el psicólogo que participan en la investigación tienen como papel abordar el fenómeno desde sus propias disciplinas, para resaltar los límites de las interpretaciones «naturales» del tarantismo como enfermedad. Además de una antropóloga social, la participación de un etnomusicólogo garantiza la mejor explotación e interpretación del material musical, muy importante en el ritual de exorcismo del tarantismo, y la presencia de una asistente social permite recordar que los atarantados no se reducen a meros «documentos» para un estudio, sino que son personas con sus problemas, sus esperanzas, y que la propia investigación puede producir expectativas de ayuda o intervención que hay que tener en cuenta. Pero no por

ello se pierde la coherencia de la investigación, dirigida desde el enfoque particular de la historia de las religiones con sus dimensiones sociales y culturales. Sin embargo, el rigor del estudio que va desmontando las posibles hipótesis sin descuidar ningún aspecto se asocia a un esfuerzo verdaderamente pluridisciplinar en la preparación del trabajo de campo y en el terreno, que permiten sacar todo el jugo de la demasiado corta estancia en Apulia y de la única observación posible de la fiesta de San Pablo en Galatina, la cual podría muy bien servir como modelo de trabajo de observación etnográfica para cualquier estudiante de antropología.

Además del rigor metodológico y del esfuerzo de transparencia muy avanzados para la época en la que fue escrito «La Tierra del Remordimiento», su autor procede en la introducción a un análisis reflexivo, inspirándose en un ilustre precedente, «Tristes Trópicos» de Claude Lévi-Strauss, análisis que parece anticipar e incluso aventajar muchos de los esfuerzos emprendidos a partir de los años 80 por desarrollar una «antropología reflexiva» que, como lo dice el propio Ernesto De Martino, «implica la necesidad de justificarse a sí mismos los dos términos de la relación: el que viaja para conocer y el que es visitado para ser conocido». Así justifica la necesidad de asociar a la investigación el «reconocimiento explícito de una pasión actual» del antropólogo, y de «contar cómo tal pasión se fue objetivando trabajosamente en el transcurso de la investigación etnográfica con la utilización posterior de las técnicas de análisis histórico-cultural».

Dedicado al estudio de un fenómeno aparentemente anacrónico de «enfermedad» y su curación, «La Tierra del Remordimiento» nos brinda una magistral demostración en el ámbito de la Antropología de la Salud y la Enfermedad, resaltando cómo los aspectos psicosomáticos de la conducta quedan configurados, canalizados, orientados por los factores socioculturales del contexto y de la historia, y cómo las ciencias naturales y la medicina en particular, si constituyen unos fundamentos inevitables y muy valiosos del pensamiento moderno, no pueden agotar las vías de interpretación y de comprensión de los problemas de salud, enfermedad y curación, como en el caso del tarantismo (¿A qué especie de la zoología pertenece la «tarántula»? ¿A qué fenómeno neurofisiológico se debe la «crisis» del «envenenado», su estado de prostración y luego su agitación frenética? ¿Cómo pueden «curar» ciertas melodías, ciertos instrumentos y ritmos, ciertos objetos y colores blandidos y manipulados durante la danza? ¿Cómo puede «remorder» la tarántula cada año en la misma época produciendo la misma crisis?...). Más bien, los síntomas, el comportamiento del afectado, la acción de todo un conjunto social (familiares, vecinos, músicos contratados para la curación, etc.) que se moviliza para poner en marcha el tratamiento adecuado, los nombres que se atribuyen al mal, a su víctima, y a sus causas («picadura», «remordimiento»,

«veneno», «atarantado»), todo ello apunta a una plasmación mítico-cultural de unos fenómenos psicossomáticos bien reales aunque dispersos (a veces casos reales de picadura de araña, de escorpión o serpiente, o casos de insolación, pero más a menudo crisis existenciales, crisis psíquicas ligadas al *eros* reprimido de las mujeres,...) que encuentran en el tarantismo no sólo un marco unificado y flexible de explicación y de configuración de la conducta, sino también una vía de resolución, de curación mediante el exorcismo músico-co-reico-cromático de la tarántula, con la ayuda de San Pablo el apóstol.

Pero no debemos limitar el interés de este libro a un ámbito delimitado de la antropología, pues su aportación es más amplia. Como fuente de reflexión epistemológica y metodológica para cualquier investigación antropológica, con la introducción y su amplia referencia al Lévi-Strauss de «Tristes Trópicos» y con la descripción de los pasos dados en la exploración del tema y en las interpretaciones elaboradas a lo largo de los capítulos del libro, pocos clásicos de la antropología presentan una tal riqueza y fecundidad (quizá el «Naven» de Gregory Bateson sería un antecedente en este sentido). También como ejercicio de antropología simbólica, «La Tierra del Remordimiento» es ejemplar: se van enriqueciendo progresivamente con más material las interpretaciones en varios niveles de una serie de símbolos relacionados entre sí, históricamente configurados pero vivos, que se modifican e incluso se desagregan, manifestando contradicciones sin resolver (como la relación entre San Pablo y la tarántula), actuando en el medio sociocultural de cada momento / lugar gracias a su capacidad de adaptación y absorción, hasta su probable desaparición bajo la influencia no tanto de la vida moderna sino del catolicismo. Y ello sin caer en dos trampas que el autor evita brillantemente: por una parte, el riesgo de sobreinterpretación, pues la riqueza de la documentación, el rigor del método y la lógica del desarrollo de las distintas interpretaciones son irreprochables y, por otra parte, el riesgo de aislamiento del fenómeno estudiado como curiosidad local o «reliquia del pasado» gracias a su reinserción en una historia (estudio de la historia del tarantismo y de sus probables antecedentes clásicos) y en un área cultural mediterráneo-africana (estudio de los paralelos etnológico-religiosos). «La Tierra del Remordimiento» no deja de ser por ello un excelente estudio de índole sociológica, examinando de manera rigurosa y fecunda los factores socioeconómicos, no sólo en la investigación etnográfica, en la que la condición existencial y socioeconómica de los campesinos salentianos y, en particular, de las mujeres jóvenes constituye una dimensión esencial para entender el tarantismo, sino también en la exploración histórica sobre el tarantismo desde la Edad Media (¿a qué clases y grupos sociales afectaba, y por qué? ¿a qué género y a qué edad? ¿quién curaba el tarantismo? ¿qué importancia tenía el fenómeno en la vida social y religiosa según las categorías sociales?) y en el estudio de formas antiguas semejantes, los cultos

orgiásticos de la Grecia clásica (menadismo, coribantismo,...): en todas estas fases está presente la preocupación por ubicar las manifestaciones religioso-culturales dentro de una sociedad articulada por relaciones de poder entre categorías sociales y entre géneros, para mejor entenderlas e interpretarlas.

Finalmente, por todas estas cualidades, además de un estilo precioso y jamás pesado, «La Tierra del Remordimiento» tiene realmente las características de un gran clásico, una lectura indispensable no sólo para los estudiosos de la antropología, sino también para un público más amplio, que puede descubrir cómo el antropólogo, a través de la investigación de un fenómeno local, puntual y en apariencia extraño e irracional, devuelve a la historia y a la cultura su papel de eje configurador y orientador de las conductas humanas.

A leer sin falta.

Gabrielle LEFLAIVE
Universidad Complutense

LA EXPERIENCIA ESTÉTICA. LA MIRADA
DE UN ANTROPÓLOGO SOBRE EL ARTE
JACQUES MAQUET

Ediciones Celeste presenta en este año 1999 la traducción al castellano que Javier García Bresó hace de la obra original del antropólogo y profesor de la Universidad de California Jaques Maquet, publicada en 1986. Como el traductor afirma en el prólogo, es ésta una de las más interesantes aportaciones que en los últimos años se han hecho en el campo de una Antropología del Arte que, si bien en otros países es una rama bien asentada dentro de la Antropología, en España está aún lejos de ocupar un *status* similar. Es ésta una de las razones, al margen de su indiscutible calidad, que apoya la traducción castellana de esta obra.

Es importante para entender la aportación de este libro al campo de la Antropología del Arte, considerar el planteamiento teórico-filosófico del que parte: la fenomenología, en tanto trata la significación de los fenómenos psíquicos ateniéndose a ellos y describiéndolos tal y como aparecen en los procesos de conciencia. Desde ahí, el arte es definido no como una entidad independiente situada en el mundo empírico de los objetos, sino principalmente como una «construcción mental acordada por un grupo de personas» (p. 21). De dicha definición se deriva la preocupación central del autor: cuál es la especificidad del fenómeno artístico en cuanto fenómeno mental/experiencial. Una preocupación obviada por tantos análisis sociológicos o aún antropológicos del arte, en los que reconocida su dependencia del contexto